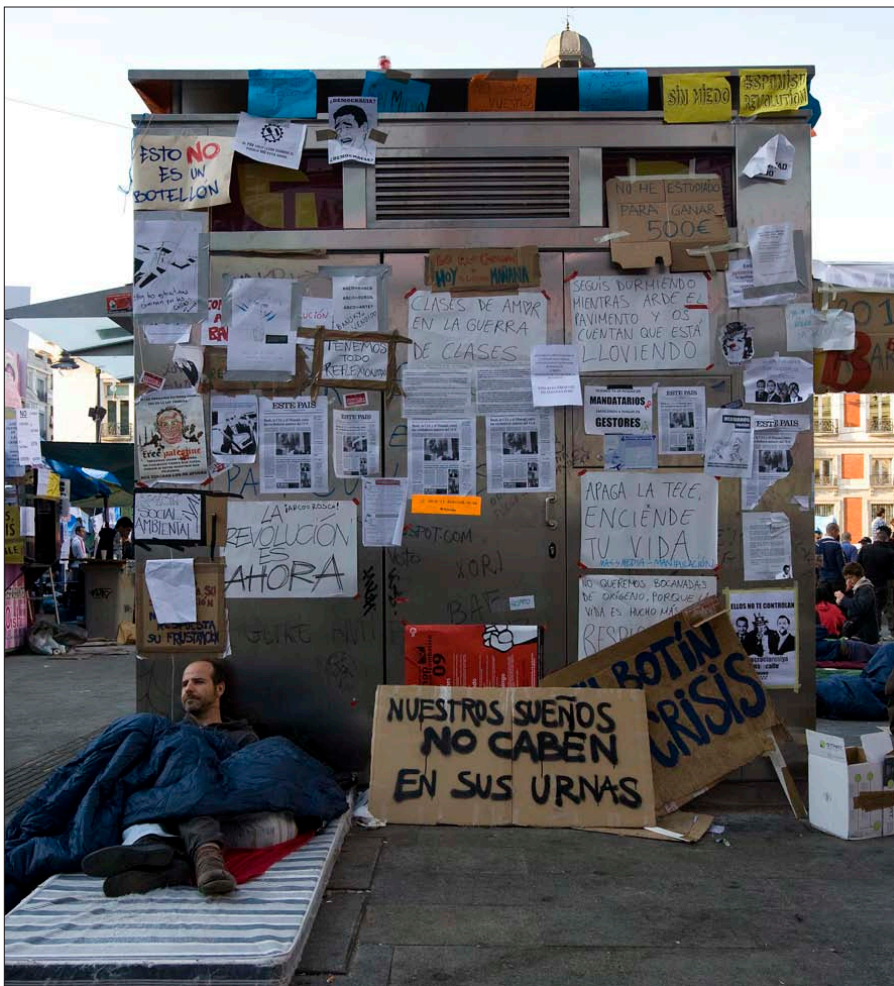


El filósofo don Alejandro Llano escribe para Alfa y Omega sobre el llamado Movimiento 15-M

Crisis en la plaza

Crisis es la situación social en la que una serie de valores han dejado de tener vigencia y no han sido sustituidos por otros. Tal es la coyuntura que atravesamos en España, desde hace varios años, y que se está agudizando los últimos días. Las acampadas en plazas emblemáticas de diversas ciudades no son, obviamente, causas de la crisis, sino una de sus manifestaciones más reveladoras.



Un acampado en la Puerta del Sol, de Madrid

Nuestra crisis no es exclusivamente económica. Es, sobre todo, un resacamiento de ideas y de creencias, que lleva consigo la obturación de los cauces que deberían permitir un diálogo social fluido y eficaz. Muchos grupos sociales no tienen interlocutores, ni siquiera saben a quién dirigirse. Y si, finalmente, entran en conversación con alguna instancia relevante, se encuentran con respuestas hechas de disculpas o, simplemente, de equívocos. Cuando piden *Democracia Real Ya*, lo que están demandando es alguien responsable con quien se pueda hablar. Y, por lo general, tal personaje o institución no está disponible, ni se espera que lo esté.

Uno de los aspectos más interesantes (y negativos) del Movimiento 15-M es la ausencia de reivindicaciones concretas. Los jóvenes que acampan en la Puerta del Sol, o en la Plaza de Cataluña, no pedían

el voto para ningún partido (en contra de lo que temían los conservadores), justo porque no creen que los partidos políticos sean cauces genuinos de representación. Tampoco se dirigen a las grandes empresas, ya que no esperan de ellas decisiones audaces ni ayudas generosas.

Esto no es Mayo del 68

Es este aspecto de torvo silencio el que ha tornado más inquietantes tales manifestaciones. En cambio, los que participamos en las protestas, en torno al año 68, sabíamos muy bien lo que pedíamos: en el caso español, democracia, libertad y justicia. No es cierto que aquellas vagas y apasionantes reivindicaciones no sirvieran para nada. Porque, de diversas maneras, los acontecimientos de los años sesenta han cambiado el ambiente

cultural en los países occidentales. Pero ahora no: ahora ni siquiera se sabe qué es lo que procede pedir, ni a quién. Podemos decir –mirando a la mayoría de los acampados– que estamos ante una juventud profundamente desorientada. Por eso están indignados, porque carecen de esperanza. Y los que, en el exterior de la plaza, están instalados en una sociedad conformista y materializada, poco tienen que decirles, desde el momento en que no están dispuestos a ceder alguna de sus ventajas. Es más, si ellos se ponen impertinentes, verán con satisfacción que la policía siempre estará preparada para causar más de cien heridos, como en la Plaza de Cataluña.

No se puede prolongar indefinidamente

Pero una situación de esta traza no se puede prolongar indefinidamente. Nos encontramos constreñidos por un sistema en el que todas las actuaciones relevantes se producen entre los miembros de la tecnoestructura: Estado, mercado y medios de comunicación. El mundo vital, el ámbito de las relaciones interpersonales y de los proyectos emergentes, se encuentra drásticamente colonizado. Casi nadie puede cruzar dignamente el denso telón que separa a los instalados de los indignados. Porque no existe entre nosotros una sociedad civil abierta, dinámica y creativa. Y ése es precisamente el ámbito por el que claman los jóvenes, los desempleados, todos aquellos que no han tenido acceso al bienestar, a las ideas, ni en definitiva a la formación intelectual y personal.

¿Quién ha ido a las plazas para dialogar con los indignados? ¿Quiénes están dispuestos a indagar seriamente las causas de la crisis? ¿Hemos pensado los cristianos españoles que esos miles de jóvenes son inteligentes y tienen alma? ¿Qué vamos a exigir a unos partidos políticos ridículamente míopes? ¿Cuáles serán las ofertas económicas y políticas que se debatirán en las futuras elecciones generales? ¿O es que quizá, como pueblo, no tenemos futuro?

Mayoría de edad civil

El futuro de un país estriba en la educación, que tiene el maravilloso efecto de suscitar la mayoría de edad civil. La persona que ha alcanzado una buena educación sabe lo que pedir y está en camino de obtenerlo. No queda a resultas de la irresponsabilidad colectiva, a solas con su indignación. Nuestra gran tarea es lograr para todos, de manera plural, una enseñanza no ideológica ni meramente lúdica, que esté a la altura de la trascendencia propia de la condición humana y de la libertad innovadora que constituye el sistema nervioso de la democracia. Las plazas han de dejar de constituir el escenario cerrado de la crisis, a medias entre el drama y la farsa, para convertirse en un campo de juego abierto al diálogo y a esa libertad solidaria de la que emerge el poder justo.

Alejandro Llano